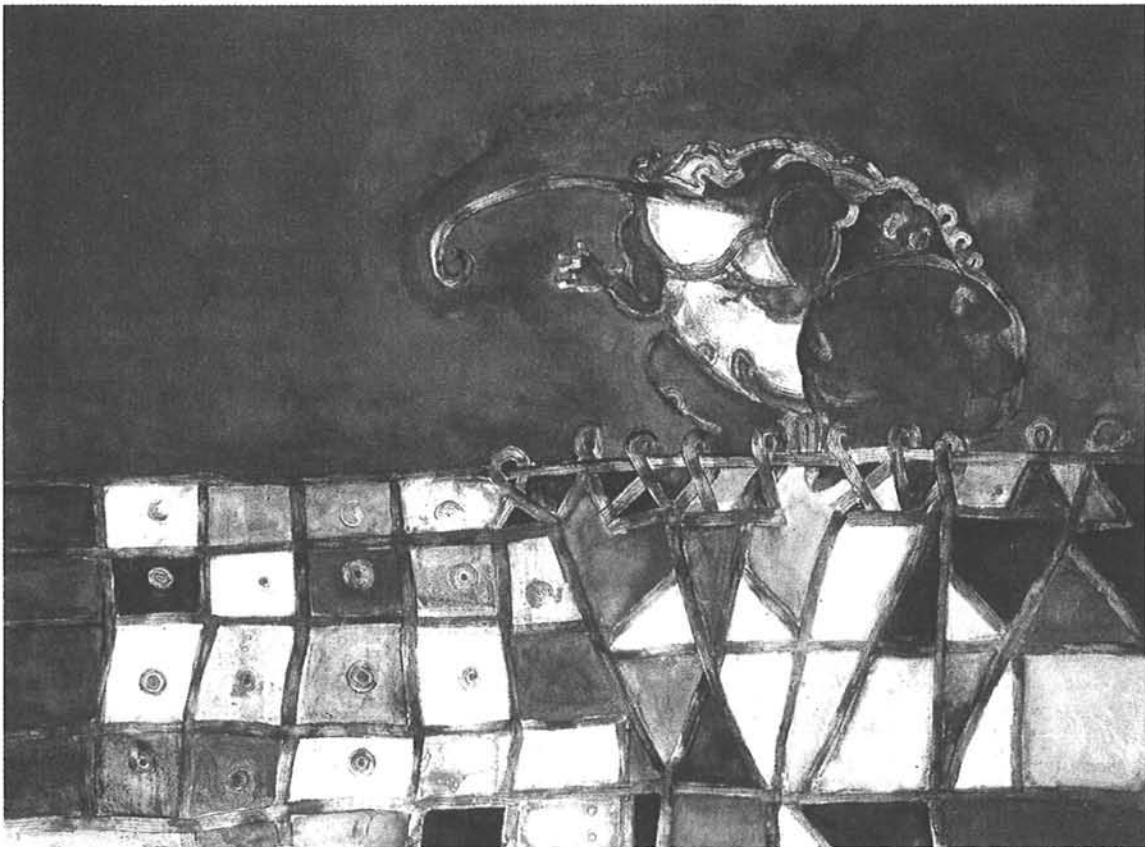


no escaso de textos son comentarios o variaciones sobre formas pseudoliterarias en las que Torri condensa ingenio desbordante y distancia crítica: «Del epígrafe», «El ensayo corto», «Almanaque de las horas», «Meditaciones críticas», «Prólogo de una novela que no escribiré nunca», etc. Son textos sobre textos, juegos conceptuales que sin embargo jamás caen en la sequedad intelectual y la pedantería tan al uso en estos casos. Destinado a gustar de los libros, pero consciente de las limitaciones de la modernidad y acaso del carácter marginal y episódico de su propia escritura, Torri adopta desde un principio la máscara del comentador irónico, de un satírico *blando* y comprensivo con aquello que desvela. Sorprender, en efecto, la consistencia y coherencia con que esa máscara acústica se presenta ante el lector a lo largo de medio siglo: la voz de Torri aún, en un pastiche de primer orden, resabios tardomodernistas y brillo conceptual, acíbar sardónico y comentario amable de costumbres, erudición y agudeza, hallazgos metafóricos y leves arcaísmos sintácticos, al servicio de una prosa depurada y de una imposible nitidez. Sus textos son obras de una inteligencia lúcida porque desde su origen son conscientes de sus limitaciones, sin dejar por ello de plantear, en un estrecho marco que trascienden repetidamente, infinitas combinaciones y variaciones. De ahí la imposibilidad de agotarlo, de saciar sus expectativas de lectura. Cada texto lleva la impronta de su estilo, pero cada texto se sitúa de hecho en un tiempo y lugar radicalmente propios, que no existía antes, y que ninguno de sus semejantes puede invadir.

Acaso sólo pueda captarse la profunda originalidad de la obra de Torri si se advierte, a un tiempo, su precocidad a la hora de fundar una escritura agenérica que participa del ensayo, el aforismo, el cuento y el poema en prosa, sin pertenecer en exclusiva a ninguna de estas formas literarias. Hasta en sus aforismos pretendidamente moralistas hay un componente de *divertimento* y distancia que los sitúa en el territorio de la ficción. Frente a la acumulación, la mezcla, el hibridaje: Torri se sitúa ante un pasado literario abrumador y opresivo, y adivina en el cruce y el comentario las herramientas básicas de la modernidad. A diferencia de sus compañeros de vanguardia, él las pone en desnudez y las presenta en su estado más puro: su hibridaje apenas se evidencia, no exhibe sus logros ni grita para hacerse notar; sus glosas tienen la sencillez y la modestia de quien gusta de las ideas por sí mismas y no hace alarde de ellas, pues sabe que no son de su propiedad.

Al cabo, cuanto queda es la máscara del personaje Torri, que permaneció inmutable a lo largo de toda una vida, y que muchos han confundido con el ciudadano Julio Torri, erudito y profesor de literatura en la Universidad

Autónoma de México. Hacer virtud de la máscara fue el recurso supremo de un escritor menor que, sin embargo, alcanzó la perfección en su tarea de años y silencios. Es la suya, quizá, una perfección modesta, que hasta el momento sólo ha merecido breves elogios en los anales de la historiografía literaria, pero que crea legión y verdadera dependencia al exigir del lector una rara inocencia: prohíbe imitaciones.



*Sapo sobre tablero de damas. Gouache sobre papel (1984).*